

de serrallo, bajo la guarda de un anciano, servían á su dueño desnudas de la cintura arriba. Si alguna disgustaba al amo, éste la daba en casamiento á algun noble, quien con aquel relieve quedaba satisfecho.

La *ireri* era la señora principal de todas, y como la esposa natural del cazonci; la guardadora de sus joyas se decía *chuperipati*; le servía de beber la *atari*; le hacía las salsas la *iyamati*; guardaba las mantas la *siguapuuri*; vigilaba á las esclavas la *pacapepeme*; la guardadora de las mantas de los dioses la *guapimecua*. Esto fuera de las camareras que le daban de vestir, de las que hacían de pajes, cocineras, hacedoras de pan de maíz, limpiadoras de las alhajas, cuidadoras de las semillas, del calzado, de la pesca y de otras menudencias. La principal que vigilaba á la servidumbre, se llamaba *guataperi*.

Dueños eran de numerosos esclavos, ya de las familias de los muchachos que fueron cautivados en la guerra y perdonados del sacrificio, ya de los que se vendían en tiempo de hambre, eran condenados por las leyes ó se compraban á los mercaderes; éstos labraban las sementeras y hacían el servicio doméstico. Entraban tambien en aquella servidumbre los *vandonziacuarecha*, que recitaban fábulas y cuentos, y truhanes que decían guerras y pasatiempos.

De aquel trato íntimo con las mujeres resultaban muchos hijos; luego que alguno nacía se le daba á criar poniéndole casa particular, á la cual acudían los parientes de la mujer cuyo hijo era, dándoles el cazonci esclavas y esclavos de los no sacrificados que se llamaban *terupacuaebaecha*. (1)

En materia de sucesion acostumbrábase que cuando el cazonci era anciano, uno de sus hijos comenzaba á mandar para industrializarse en las cosas de gobierno, y era el rey á la muerte de su padre: caso contrario, sucedía el hijo nombrado por el monarca antes de morir. (2)

Enfermando el cazonci, curábanle sus médicos que eran muchos, y arreciando la enfermedad enviaban por los médicos de mayor fama del reino; declarado el achaque incurable, se participaba á

(1) Relac. de Mechuacan pág. 22-24.

(2) Relac. de Mechoacan, pág. 55.—Zurita, Sumaria relacion de los señores de Nueva España. MS.—Torquemada, lib. XI, cap. XVIII.

todos los gobernadores, señores y nobles, los cuales venían inmediatamente con sus presentes, teniéndose por traidores á quienes no acudían, saludando al enfermo aún cuando estuviese muy á cabo. Toda aquella corte estaba con gran silencio en el patio, delante de un portal en que estaban la silla é insignias del señor. Muerto el cazonci, los del patio alzaban gran grito llorando aquel lance fatal, se abrían las puertas de la cámara procediéndose á disponer el cadáver; lavábanle, poníanle una camisa fina, sandalias de cuero de venado muy labradas, al cuello unos huesos de pescado; cascabeles de oro en las piernas, collares y pulseras de turquesas, orejeras y brazaletes de oro, un bezote fino y en la cabeza un rico plumaje. Sobre un alto estrado hacían una cama gruesa con muchas mantas de colores, sobre la cual ponían al ataviado difunto, tapándole con otras mantas, cual si estuviera durmiendo; encima ponían un bulto, con su cabeza y cuerpo, ataviado de la misma manera que el muerto, tan parecido á él que la vista se engañaba: entónces entraban las mujeres de la casa real, llorando con lastimeros gritos, lo cual duraba por buen espacio.

El nuevo cazonci señalaba las personas que debían acompañar al finado al otro mundo: eran siete de sus esposas cada una con oficio particular en la asistencia doméstica, y más de cuarenta servidores entre los cuales iban platero, cazador, remero, atablero, barrendero, portero, &c., y uno de los médicos que asistieron á la cabecera: no se permitía ser de la comitiva á ningun criado, si no era de los determinados. Lavaban á todos, poníanles mantas blancas, y daban á cada uno los objetos que habían de conducir. Todo el cortejo se teñía el rostro de amarillo, poniéndose en la cabeza guirnaldas de trébol. A la media noche, los hijos del difunto y los grandes señores tomaban en hombros los despojos; en dos hileras procesionalmente precedían los destinados á la compañía real, en seguida los nobles, los guerreros distinguidos, al final el féretro; alumbraban con gruesos hachones de tea, tocaban trompetas y tañían huesos de caimanes y conchas de tortugas, entonando á ese compás un antiguo cantar en que se decían loores y alabanzas del señor; los de delante iban barriendo el suelo y decían: "Señor, por aquí has de ir, mira no pierdas el camino."

Acompañada por la multitud, la procesion se dirigía al templo



mayor, daba cuatro vueltas al rededor de una gran pira de leños de pino de antemano preparada, colocando encima de ésta los despojos; al són del canto y de la música, se ponía fuego á la pira, y mientras ardía achocaban con porras á los infelices servidores del muerto, á los cuales emborrachaban de antemano, enterrándoles con lo que conducían á la espalda del templo de Curicaberi. Al amanecer recogían las cenizas y huesecillos que habían quedado, junto con los metales derretidos; colocábanlos en una manta, formando nuevo bulto, al cual ponían una máscara de turquesa y adornos de plata y oro como el principio. Hecho un ancho sepulcro á los piés de la escalera del Cú de Curicaberi, le tapizaban con esteras finas, ponían una cama de madera sobre la cual colocaban el bulto de las cenizas encerrado en una tinaja mirando hácia Oriente, llenando el resto con ropas, alhajas, armas, utensilios y buena provision de comida y bebida. Cerraban el sepulcro con vigas, poniendo encima varas para formar techo, echándole tierra para cubrirlo.

Los asistentes se retiraban: bañábanse primero para que la enfermedad no se les pegara, yéndose en seguida al palacio; ahí recibían un poco de algodón para limpiarse el rostro, y una abundante comida; terminada, todos los comensales permanecían sentados, cabizbajos y tristes. Cinco dias duraba el duelo general, y durante este tiempo no había mercado, ni se encendía lumbre en las casas, ni se molía maíz, ni andaban las gentes por las calles: sólo los señores y los nobles iban una noche á la casa de los papas á tener oracion y vela. (1)

Al dia siguiente de sepultado el cazoncí, juntábanse los gobernadores y señores, principales, ancianos y valientes hombres, á conferenciar acerca de quién debería ocupar el trono. Aunque esto estaba ya determinado, aquel congreso procedía como si fuera libre, fijándose en el heredero legítimo: hecha la eleccion, iban á comunicarla al agraciado, quien rehusaba la honra, señalando personas más dignas que él; excusábanse los aludidos, insistían los electores, y sólo á cabo de cinco dias de importunidades se daba por vencido el electo, aceptando como á la fuerza el codiciado trono. El dia señalado iba el sacerdote principal con toda

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 55—59.—Torquemada, lib. XIII, cap. XLVI.—Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. 1, cap. IX. MS.

la nobleza á la casa en que vivía el nuevo rey; saludábale el pontífice con el nombre de *guanga* ó valiente, diciéndole: "Señor, por tí venimos para que entres en la casa de tu padre." Respondía: "Pláceme de ir, abuelo." Poníase una guirnalda de cuero de tigre en la cabeza, carcax con flechas, pulsera de cuero de cuatro dedos de ancho, manillas de cuero de venado en el pelo, pezuñas de ciervo en las piernas; formábase una procesion en que iban delante el pontífice con diez de los sacerdotes mayores, detras el rey y en seguida la nobleza y señores del reino; el pueblo agrupado abría calle para que el cortejo pasara, dando alegres voces. Llegados al patio del palacio real, los sacerdotes le saludaban con el título de *guanguapayua*, equivalente á majestad, tomando asiento en una silla colocada en el portal.

Rodeado de los guerreros y nobleza el cazoncí, levantábase el pontífice pronunciando con voz grave un discurso, en que inculcaba á los concurrentes la obligacion en que estaban de ser fieles al nuevo rey, obedientes á sus mandatos, prontos á ejecutar cuanto se les mandara, pues el rey estaba en lugar de Curicaberi. Cuando había terminado el pontífice, tomaba la palabra alguno de los grandes dignatarios, y así por su órden pasaban el dia en aquellos razonamientos. A la postre se ponía en pié el monarca, y más que agradecía amenazaba á los señores con la muerte, si faltaban á sus deberes. Terminaba aquel acto con un convite general.

En la noche iba á velar con los papas de Curicaberi; á la media noche hacían los sacerdotes la ceremonia de la guerra: al amanecer, con gran séquito de sacerdotes y dignatarios, iba por leña para ofrecer al fuego sagrado. Vuelto al palacio, sentado en la silla real, daba nuevo banquete á los señores; terminando, cada gobernador de provincia ó señor del pueblo, presentaba su regalo en señal de tributo, retirándose cada quien á su demarcacion para hacer saber á los súbditos la feliz noticia.

Pocos dias despues los papas *auritíecha* se repartían por el reino pidiendo leña para los fogones; reunida á los diez dias y amonotonada en el patio del templo mayor, el cazoncí iba de nuevo á velar, y el *hiripati* hacía la ceremonia de la guerra. Al tercero dia, daba órden á los guerreros *vacuaxechea*, águilas, de salir á campaña, enviando sus mensajeros y correos por todas las pro-



vincias; él mismo se ponía en campaña dos días después, dirigiéndose á la frontera de *Quinacho*, para hacer ciento ó ciento veinte cautivos. Estos y los prisioneros hechos en las fronteras, eran sacrificados á la diosa *Cuerabapari*, á los dioses celestes de las cuatro partes del mundo, del infierno, á *Curicaberi* y señores sus hermanos, á la diosa *Xaratanga*, dioses primogénitos, y á los llamados *Nirabanecha*. Con estos actos quedaba reconocido como cazoncíl. Daba premios á los guerreros que habían cautivado prisioneros, y entrándose á su casa tomaba por esposas las mujeres que habían sido de su padre, mientras le llevaban las hijas de los nobles y señores. (1)

Para salir á campaña hacíase primero la ceremonia de la guerra. Por la fiesta de *Anziñascuoro* mandaba traer el cazoncíl leña para los Cues, y en la vigilia estaba toda puesta en rimeros en el patio del templo. El papa *Hiripati*, cinco sacrificadores y cinco *curitíecha*, hacían pelotillas de olores llamados *andamiqua*; poníanlas sobre una raja de encina, y cuando estaban concluidas las metían en calabazas que los *tinimecha* llevaban á la espalda, colocándolas en las puertas de las casas de los sacerdotes. A la media noche tocaban sus cornetas en lo alto de los cues, observaban una estrella que ignoramos cuál sea, y encendían un gran fuego. El *Hiripati* se acercaba al fogón, tomaba de las pelotillas olorosas y decía: "Tú, dios del fuego, que apareciste en medio de las casas de los papas, quizá no tiene virtud esta leña que hemos traído para los cues, y estos olores que tenemos aquí para darte: recíbelos tú que te nombran primeramente *Mañana* de oro, y á tí, *Uredcuábecara*, dios del lucero, y á tí que tienes la cara bermeja, mira que con grita trajo la gente esta leña para tí." En seguida nombraba los enemigos del reino, principiando por México, diciendo: "Tú, señor, que tienes la gente de tal pueblo en cargo, recibe estos olores y deja alguno de los vasallos para que tomemos en las guerras." Venían entonces los papas *cuiripecha* y con muchas ceremonias ponían de los olores en la llama, pidiendo á los dioses diesen enfermedad en los pueblos que iban á conquistar, con esta oración. "¡Oh dioses del quinto cielo! ¿Cómo no nos oireis de donde estais? Porque vosotros solos sois reyes y señores, vosotros solos limpiáis las lágrimas de los po-

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 60-66.

"bres." Estas mismas palabras repetía á las cuatro partes del mundo y al infierno. (1)

Dos noches se repetía la ceremonia, arrojando las balas de olores al fuego, terminadas que eran las oraciones: cuando el *Hiripati* practicaba esto en *Tzintzontzan*, repetían lo mismo los *hiripacha* en todas las provincias. Llegada la fiesta de *Anziñascuoro*, el cazoncíl mandaba á los correos llamados *taxanocha* fuesen á las provincias á pedir la gente de guerra; en cada pueblo el señor reunía el número de soldados que le tocaba; en la noche se hacía aún la ceremonia de la guerra, y se disponía á la marcha llevando los papas *tinimecha* cargados á los dioses tutelares de la población. Cada uno de aquellos contingentes iba provisto de las armas y alimentos necesarios, sin permitir en su compañía mujer de ninguna especie.

Las armas eran arcs, flechas, hondas, porras gruesas de encina, poniendo á algunas de ellas en la cabeza púas de cobre: los hombres valientes iban armados de unas varas recias, y en la punta un gancho. Las armas defensivas, consistían en rodela adornadas de plumas blancas de garza, dedicadas á *Curicaberi*, ó de plumas rojas de papagayo ó de *tzintzones*, según la categoría del guerrero. El comun de los soldados, usaba un jubón de pita de magney; los distinguidos por valientes, jubón de algodón, y los jefes y señores lo mismo, aunque adornado de plumas ricas: pintábanse rostro y cuerpo de colorado, negro ó amarillo. Sus pendones y estandartes eran labrados de plumas finas, con mucho primor. Su música militar caracoles, botinas, y otros instrumentos destinados á producir pavoroso ruido.

Reunidos los contingentes de todos los pueblos, distribuíanse en la forma que disponía el general en jefe: "poníase en la cabeza un gran plumaje de plumas verdes, y una rodela muy grande de plata, á las espaldas, y su carcaj de cuero de tigre, y unas orejeras de oro, y unos brazaletes de oro, y su jubón de algodón encarnado, y un mástil arpado de cuero por los lomos, y cascabeles de oro por las piernas, y un cuero de tigre en la muñeca, de cuatro dedos de ancho, y tomaba su arco en la mano." (2) En aquel arreo, sentábase en una silla, y rodeado de

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 25-27.

(2) Relac. de Mechoacan, pág. 30.



sus capitanes y de los sacerdotes de Curicaberi y Xaratanga, dirigía un largo discurso á sus subordinados, recordándoles sus deberes de soldado, y las penas en que incurrían no cumpliéndolos. Acabado el discurso, seguían bajo el mismo tema los señores de Cuyacan, Pátzcuaro y Xacona. Dispuesto el plan de ataque, enviábanse espías á observar al enemigo, ó reconocer las poblaciones: llevaban una bolicas de los olores que habían servido para la ceremonia de la guerra, plumas de águila, y dos flechas ensangrentadas, todo lo cual ponían cautelosamente, ya en una sementera cercana, ya junto al Cu ó la casa del señor del pueblo. Era éste un hechizo, para vencer á los contrarios. De regreso al campo, daban los informes apetecidos, y pintaban con rayas en el suelo, la traza del pueblo.

Llevaban la vanguardia, los hombres valientes de Tzintzontzan, seguidos de los papas que iban cargando á Curicaberi y Xaratanga, en pos de los cuales, formados en dos hileras, se veía á los sacerdotes conductores de los dioses mayores. Los corredores ó tropas ligeras, estaban acompañados por su dios particular, llamado *Pungarancha*. Combatían en desorden, arrojando feroces gritos; más que concierto, aquello era confusión y ruido. Consistía el principal intento, en hacer prisioneros para el sacrificio, recibiendo señaladas recompensas los guerreros que se distinguían por hazañas señaladas, ó por haber tomado el mayor número de cautivos. A éstos les ataban las bocas con unos cueros, á manera de jáquima de las bestias, para impedirles dar voces. Daban batallas en campo abierto, usando de comun de celadas, á las que eran atraídos los contrarios por las tropas ligeras. Si una plaza se defendía, caso de ser tomada era saqueada, reducida á cenizas, los habitantes pasados á cuchillo: los pueblos que se entregaban sin resistencia, eran recibidos como hermanos.

Los prisioneros, tapada la boca con los cueros, amarrado al pescuezo un manojo de cañas recias y largas, eran conducidos á Tzintzontzan. En la puerta de la ciudad, había dos altares, en que los papas colocaban á los dioses; los sacerdotes *curitiecha* y *opitiecha*, con una calabaza á la espalda, y una lanza al hombro, salían al encuentro de los cautivos, dábanles la bienvenida, y cantando, los llevaban á la presencia del cazoncí, dándoles en seguida de comer. Metíanlos despues en la cárcel nombrada *Curucequero*, donde los atendían y engordaban, hasta lle-

gar la fiesta en que habían de ser sacrificados. Hemos visto que á las mujeres, niños, viejos y viejas, mataban para comerse las carnes. (1)

Si algun señor moría en la guerra, poníase triste el cazoncí, y decía: "por este mataron los dioses de los nuestros, por probarnos como mantenimientos." Las viudas de los muertos en la guerra, mesábanse los cabellos, dando grandes gritos; despues formaban unos bultos de mantas, con sus cabezas, cubriéndolos con otras mantas, cual si hubieran fallecido de muerte natural; llevábanlos en seguida al templo, colocándolos junto á los fogones, poniéndoles su arco y flecha, plumajes colorados, guirnaldas de cuero, con muchas ofrendas de pan y vino: al sonido de las cornetas y caracoles, quemaba cada familia el bulto que le correspondía, recogiendo las cenizas, que guardaba en una olla que era enterrada con el arco y las flechas. La viuda se retiraba á su casa á proseguir el duelo, sus parientes le decían: "está y vive en esta casa algunos dias, y está viuda algunos dias, mirando como va tu marido camino, y no te cases." (2)

Leyes y penas, eran inmoderadas por crueles. Si algun principal tomaba alguna de las mujeres del cazoncí, moría por ello, así como sus mujeres, hijos, parientes y cuantos en su casa estaban, confiscándole además sus bienes y sementeras. A los nobles, por delitos no muy graves poníanlos en la cárcel; por de mayor entidad, los degradaban y desterraban, y á su mujer dejábanla desnuda, quitándole las enaguas. Al hechicero rompían la boca con navajas, arrastrábanlo vivo, y lo mataban cubriéndolo de piedras. Si hermano ó hijo del cazoncí no vivía con decoro, era condenado á muerte, así como las amas que le criaron, ayos que le cuidaron y criados que le servían, confiscando toda su hacienda. Al forzador de mujer, rompían la boca hasta las orejas, y despues lo empalaban. El primer hurto, se perdonaba, prévia una gran reprension; al segundo, el ladrón era despeñado, dejando que su cuerpo fuera comido por las aves del cielo. El homicida no tenía pena señalada, porque el crimen se cometía rarísima vez.

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 28—36.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.—Beaumont crón. de Michoacan, lib. 1, cap. VIII. MS.

(2) Relac. de Mechoacan, pág. 37.



Los gobernadores y señores de los pueblos conocían de los delitos, mandaban prender al delincuente, hacían las informaciones necesarias de viva voz; averiguado el hecho, remitía el reo al sacerdote mayor quien le presentaba al cazoncí para que pronunciara la sentencia. A veces por orden del cazoncí iba un mensajero llamado *vaxanoti*, prendía á la persona que le designaba, le quitaba las insignias y daba la muerte con una porra; en ocasiones esta justicia se encargaba á los sacerdotes. Los ministros principales de aquella magistratura llevaban en la mano una vara negra como de ébano, gorda y con plumas de colores en el extremo superior, con unas pedrezuelas que sonaban como cascabeles; cuando pasaban, los hombres salían de sus casas para acompañarlos. (1)

Cuando moría algun señor de un pueblo, sus hermanos y parientes venían á ver al cazoncí trayendo el bezote de oro, los brazaletes, collares y orejeras de turquesas, insignias del señorío: presentados ante el rey, dábanle noticia del fallecimiento, pidiéndole nombrara á quien debía suceder. Escogía al que parecía más discreto, *el que tiene más tristezas consigo*, segun su manera de expresarse; dábale nuevas insignias, regalos para el agraciado y su mujer, y en compañía de uno de los papas *curitiecha* le volvía á su pueblo. Llegados á éste, ayuntada toda la gente, el *curitiecha* daba á entender cómo aquella persona había sido nombrada por el cazoncí, la obligacion que tenía de regir en justicia, y cómo todos debían obedecerlo y respetarlo. El señor, los ancianos, la gente menuda, tomaban la palabra sucesivamente, recordando los recíprocos deberes, terminando las arengas con un convite: así quedaba el agraciado metido en el señorío. Cuatro dias y cuatro noches asistía al templo haciendo oracion con los papas; despues, seguido de sus vasallos, iba á traer leña para los fogones, y despedía al *curitiecha*, colmándolo de regalos. Aquel papa retornaba á Tzintzontzan, dando cuenta de lo ejecutado al sacerdote mayor, quien lo comunicaba al cazoncí: "Sea ansi, decia este, pruebe á ver, si no le hiciere bien, quitalle hemos del "oficio, y probará otro en su lugar á ver como lo hace." (2)

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 38-39.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.—Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. 1, cap. VIII. MS.

(2) Relacion de Mechoacan, pág. 40-44.

En aquel reino era costumbre la poligamia. El soberano pasaba la vida en un voluptuoso serrallo. Los nobles tenían á veinte mujeres y áun más, y daban una en premio á los capitanes que en la guerra se distinguían, cosa que ellos tenían á grande honra. (1) Verificábase el matrimonio sin el consentimiento de las mujeres. Si el cazoncí quería casar alguna de sus hijas, la hacía ataviar lujosamente, le daba una comitiva de mujeres que llevaban en cestillas y petacas las ropas y alhajas de la novia, y llamando á los papas *curitiecha*, encargaba principalmente á uno llevara aquella mujer á la casa de su marido. Prevenido éste, adornada la casa, reunidos todos los parientes, al llegar el sacerdote tomaban todos asiento, dejando en medio á los desposados. Tomando la palabra el *curitiecha* decía: "Hé aquí esta "señora que envía el rey, yo os la traigo, no riñais, sed buenos "casados, bañaos el uno al otro," y seguía inculcándoles sus derechos conyugales. Contestaba el marido aceptando, dando las gracias por el favor, prometiendo obediencia y ayuda al rey; terminaba el consorcio con un convite. Bastaba que el cazoncí lo determinara, para que un noble tomara por esposa la mujer que se le señalaba. (2)

Los nobles se casaban con sus parientas, no tomando jamas mujeres que no fueran de su linaje. En estos enlaces precedía pedir á la hija de un señor, y una vez otorgada, era enviada á la casa de su futuro esposo, con cierto acompañamiento de hembras llevando las ropas y alhajas; intervenían los sacerdotes para hacer las amonestaciones usuales, terminando la ceremonia por el convite de costumbre. Los plebeyos concertaban sus matrimonios por medio de sus parientes, sin que en ello intervinieran los papas. Los que se unían por amores se concertaban entre sí, sin dar aviso á sus padres. A veces desde chiquita estaba la mujer prometida á determinada persona: en este caso, el hombre tomaba por esposa á la suegra, y cuando la hija crecía entraba en posesion de ella. Casábanse tambien con sus cuñadas, habiendo muerto sus maridos. Despues de terminado el matrimonio y estando la mujer en la casa, ántes de consumir el vínculo, el hombre iba cuatro dias por leña para los fogones, mién-

(1) Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.

[2] Relac. de Mechoacan, pág. 45-47.



tras la hembra barría la morada y parte del camino por donde debía volver el marido; aquello era como oracion para ser buenos casados. La noche que se unían, si eran nobles, puestos en el lecho los cubrían con las ropas las criadas; si plebeyos, la mujer tapaba al varon, entrando despues á compartir el lecho común. (1)

Sólo tenían prohibido para contraer matrimonio, los padres con los hijos, los hermanos entre sí, el sobrino con la tia. Suscitadas diferencias en el matrimonio hasta el punto que los cónyuges quisieran separarse, ocurrían por primera vez al *petamuti* exponiéndole sus quejas; el sacerdote los amonestaba vivieran en paz, recordábales que ya tenían casa é hijos, despidiéndolos para irse juntos. Intentada de nuevo la demanda, á la tercera vez el pontífice pronunciaba la separacion diciendo: "Ya vosotros quereis dejar de ser casados, de jaos pues, ¿quién lo habeis de decir, pues tantas veces os habeis quejado?" El varon tomaba otra esposa, sin que esto obstara para que la antigua siguiera en la casa, pues no podía ser abandonada; si la cogía en adulterio, quejábale al *petamuti*, quien la mandaba matar. Si la culpa era del marido, porque se divertía con otras mujeres, los padres de la esposa se la quitaban para darle otro esposo. Si despues del segundo matrimonio no vivían en paz, echábanlos en la cárcel y no podían separarse. La mujer que entre todas quería ganar el amor y preferencia del esposo, ocurría á los sortilegos llamados *xurimecha*; éstos tomaban dos granos de maíz y una jícara llena de agua; si arrojados los granos en el agua se hundían juntos al fondo, señal era de que por siempre estarían unidos; si uno de los granos sobrenadaba y el otro se sumergía, daba á entender que el varon prefería á otra esposa. (2)

Los michhuaca eran robustos, bien formados, valientes y belicosos, grandes tiradores de arco y flecha, diestros en el manejo de las armas. Vestían á semejanza de los méxica: algunos principales traían una especie de túnica larga hasta media pierna, la capa ó manta cuadrada anudada sobre uno ú otro hombro, *cactli* ó sandalias de cuero, retenidas con correas anudadas al tobillo; los plebeyos usaban el *maxtlatl* ó pañetes para tapar sus ver-

[1] Relac. de Mechoacan, pág. 47-53.—Torquemada, lib. XIII, cap. VII.—Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. I, cap. VIII. MS.

[2] Relac. de Mechoacan, pág. 53-55.

güenzas, con mantas de hilos groseros. "Las indias y los mag-nates traían el pelo levantado y amarrado alrededor de la cabeza, formando varias trenzas con cordones de algodón de diversos colores: los demas de la plebe traían el pelo suelto con una ú otra pluma en la cabeza." Tejían las ropas de algodón, unas blancas, negras otras, de variados y hermosos colores; adornábanlos con hilos de pelo de conejo de una manera muy curiosa.

Labraban de la enea preciosas esteras que les servían de estrados, alfombras y camas. Curtían cueros de toda especie de animales, dejándoles ó no el pelo, aplicados en los usos domésticos ó en los zapatos de los nobles, pintados con mucho arte. Sacaban cuchillos, navajas, y otros instrumentos cortantes y punzantes, de la obsidiana llamada por ellos *trinapu*. Los alfareros construían las vasijas y vasos, para las diferentes necesidades de la vida, y los carpinteros tallaban de madera, jícaras, bateas, y ciertos vasos llamados *tecomates*. Los canteros labraban las piedras unas con otras, pues carecían de instrumentos de hierro, formando figuras de mucho primor. Carpinteros y entalladores, manejaban la madera con hachas de cobre: los lapidarios pulían las piedras preciosas restregándolas con cierta arena, de ellos conocida. Sabían dar al cobre la dureza del hierro, y con estos útiles trabajaban como si fueran de hierro.

Sobresalían en la pintura y barniz que daban á la madera, que á pesar del uso, se conservaban frescos y brillantes, distinguiéndose entre todas las bateas de Perivan y de Cocupao. Inventó el ingenio tarasco las cosas singulares de pluma, "con sus mismos nativos colores, asentado de la misma manera que lo hacen en un lienzo, los más diestros pintores, con delicados pinceles. Solían en su gentilidad formar de estas plumas, aves, animales, hombres, capas y mantas para cubrirse, vestiduras para sus sacerdotes y dioses, coronas, mitras y rodelas, mosqueadores, con otros curiosos objetos que le sugería su imaginacion. Estas plumas eran verdes, azules, rubias, moradas, pardas, amarillas, negras y blancas, no teñidas por industria, sino como las crían las aves, que cogían y mantenían vivas al intento, valiéndose hasta de los más mínimos pajarillos. El modo de engastar las plumas, era cortarlas muy menudas; y en lienzo de maguey, que es la planta de la tierra, con cola muy templada,



iban organizando las plumas que arrancaban de uno á otro pá-  
 jaro muerto, con unas pinzas, y pegándolas á la penca ó tabla:  
 se valían de sus nativos colores para dar las sombras y demas  
 necesarios primores que caben en el arte, segun pedía la ima-  
 ginacion que querían pintar. Cada partícula se ponía de por sí,  
 con tal presteza, que seguían la línea y círculo del bosquejo, y la  
 iluminacion formaba en la pintura una vistosa primavera. De  
 las plumas de estos y otros pájaros, hacían estos indios sus  
 plumajes, y unas imágenes de pluma tan particulares, princi-  
 palmente en Pátzcuaro, que segun refiere Acosta, se admiró el  
 señor Felipe II, de tres estampas que dió á su hijo Felipe III,  
 su maestro: la misma admiracion causó al Papa Sixto V, un cua-  
 dro de N. P. S. Francisco, que enviaron á Su Santidad, hecho  
 de plumas por los indios taráscos" (1)

La civilizacion de Michhuacan, era del mismo género que la  
 de México; ménos sombrío y sangriento el culto, más atrasada  
 en las ciencias. A pesar de la incontestable necesidad de la escri-  
 tura, nos llama la atencion que los tarascos no le consagraran  
 gran cuidado, y áun barruntamos que la dejaban en olvido. Na-  
 da dicen los autores acerca de los documentos geroglíficos, ni al-  
 gunos de ellos han llegado á nuestros dias, y las pinturas de que  
 hace mencion Beaumont, juzgando por las que á su obra acom-  
 pañó, son representaciones materiales de los hechos, dibujos y  
 no escritura, temiendo que sea obra exclusiva de pintores poste-  
 riores á la conquista.

**FIN DEL TOMO SEGUNDO.**

(1) Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. 1, cap. VIII. MS.

**ÍNDICE.**

**LIBRO CUARTO.**

	Páginas.
CAPÍTULO I, Calendario primitivo.— <i>Calendario zapoteco, Pe- rtodos, Distribucion, Los Cocij, Es el calendario primitivo.</i>	5
CAPÍTULO II, El tonalamatl.— <i>Tonolamatl, Origen, Signos, Tabla de los dias trecenales, Los veinte planetas ó dioses principales, Los símbolos de la trecena, Los señores ó acom- pañados de la noche, Tablas, Segundos acompañados, Las aves nocturnas, La adivinacion, Los hechiceros, Primer periodo del Tonalamatl, Cálculo de los periodos lunares, El planeta Venus, El Tonalamatl encierra el cálculo de los movimientos de la luna y de Venus.....</i>	13
CAPÍTULO III, Calendario solar.— <i>El dia, Horas, Los meses, Nemontemi, El año, Periodos trecenales, Los señores ó acompañados de la noche, Ciclos menores y mayor, Inter- calacion, Observaciones, Correspondencia entre los años, Discusion, Orden de los meses, Concordancia entre los años</i>	